

UN VETERANO DEL TRABAJO

Al empezar estas cuartillas, destinadas no más a poner de relieve una vida modesta y laboriosa, humilde en su sencillez, pero ejemplar ciertamente en su larga existencia, sentimos esa íntima satisfacción que produce apreciar y dar a conocer el mérito y constancia de un obrero modelo, el más antiguo ex-tejedor de la más antigua fábrica de Rentería, que es la Sociedad de Tejidos de Lino.

Ved ahí a don José Luis Urbieta, más conocido por «Castro», detrás de su primitivo telar de mano, en el que ha trabajado sesenta y tres años consecutivos, y últimamente con el hilo más fino que se fabrica, tejiendo una finísima holanda, el mejor género que sale de la factoría.

Al visitarle en su casa «Echechiki», del barrio de Murranguilleta, nos recibe afable y sonriente, aunque un leve dejo de melancolía se advierte en sus palabras al relatar nos que cesó de trabajar, a causa de las leyes de retiro forzoso, el día 18 de Marzo del presente año; tiene ahora ochenta y uno de edad, y después de sesenta y tres años de trabajo ininterrumpido, aún se consideraba fuerte y con vista para seguir en su faena diaria.

—Y ahora—nos dice—que tenía una hilatura magnífica, de Inglaterra, como jamás he conocido!

A ruego del buen amigo Ramón Errazquin, quien amablemente nos acompaña en nuestra entrevista con el anciano, nos cuenta éste pormenores de su dilatada vida de tejedor.

—Empecé a trabajar en una fábrica de tejidos que tenían los señores de Gamón en el punto denominado «Pe-kin»; tenía entonces diecisiete años. Luego, al año siguiente se hizo la fábrica grande, (fábrica grande, en Rentería, es la de la Sociedad de Tejidos de Lino), entré allí, y hasta el 18 de Marzo de 1931, en que me jubilaron, durante sesenta y tres años tejiendo piezas de lienzo.

—¿Trabajaban entonces muchos operarios?

—Muchísimos. Solamente de Oyarzun, mi pueblo natal, venían ochocientos, entre hombres y mujeres, y en Rentería trabajaban en casa unas trescientas personas. Esto era hacia el año 1876, después de la guerra.

—¿De qué tamaño eran las piezas que tejía?

—De tres varas de ancho por ciento ocho de largo, y en cada una empleaba unos quince días de trabajo.

—¿Y cuánto venía a ganar por término medio?

—Pues al terminar la pieza, mi salario era de 12'50 ptas. —Pero bien, eso sería antes, en aquella época remota de su juventud...

—Sí, señor; ahora en mis últimos tiempos, venía a percibir de seis a siete pesetas diarias por mi trabajo.

Hay un momento de silencio en el que medito sobre el orden y la vida arregladísima de este hombre modelo para haber podido con tan exiguo jornal, después de sacar adelante le familia, hacerse dueño de una casita, pequeña, sí, pero con su huerta, su ternera, sus cerdos y gallinas que cuida amorosamente ahora en sus ocios de obrero retirado.

Sin querer, acude a mi memoria la cuarteta del egregio poeta Calderón de la Barca:

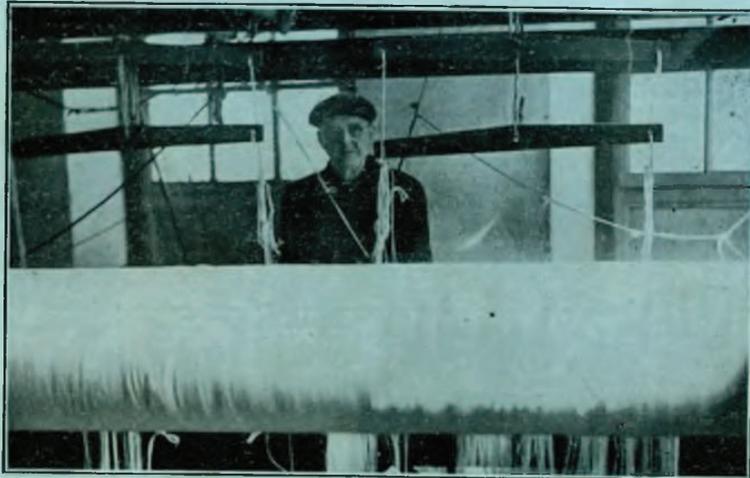


Foto. Bagüés

No el tener cofres bien llenos
La riqueza en plé sostiene,
Que no es rico quien más llene
Sino el que ha menester menos

Es este buen Urbieta, por lo que observamos en el curso de la conversación, hombre ingenuo y candoroso. Quizá la edad, que ha respetado sano y fuerte su organismo, imprimió en su inteligencia ese optimismo—algo entristecido por su retiro—que le hace mostrar una conformidad jovial y tranquila. Indudablemente cada profesión imprime un sello especial en quien la cultiva.

¿No habrá alguna relación entre la inacabable albura de tantos lienzo, tersos y blancos siempre, que este hombre ha fabricado en su laboriosa existencia, y su mentalidad limpia, simplista de hombre feliz que vé culminar su vida en un vivir modesto y sosegado?

Tiene una excelente memoria. Recuerda perfectamente que la fábrica grande estuvo a punto de ser construída en el barrio de Ugaldecho, de Oyarzun. Una divergencia en el precio de los terrenos, hizo que se instalara en Rentería. Nos dice igualmente que jamás le han dado los amos una queja por su trabajo, y que esta labor de tejer a mano aunque, mas cara, es más apreciada por la gente refinada.

—¿Y en qué emplea su tiempo ahora?—le interrogamos.

—Pues oigo todos los días mi misa, cuido los animales domésticos y enredo algo en la huerta. Al principio podía hallarme, pasé bastantes días muy triste, y hasta lloró el día que me jubilaron, pero ahora estoy contento. Y como siempre he sido muy de casa y mi único vicio ha sido echar una partidita de mus los domingos con los amigos, y adoro a los míos, espero tranquilo el fin de mis días.

—Claro está que la Sociedad de Tejidos atenderá decorosamente a sus necesidades...

—Afortunadamente son pocas, y al ser el último, el más antiguo de los operarios de los telares de mano, justo es que me pase una pensión, y así vamos viviendo...

Estrechamos con emoción la mano laboriosa de este hombre feliz, fuerte y sano en su vejez, que perfuma con su cariño la presencia de su anciana esposa, pendiente de sus palabras, así como su hija Faustina y los nietos. El yerno, hombre trabajador laya en la huerta.

Deseamos a Urbieta y los suyos muchos años de felicidad—bien ganada, ciertamente—, y en este crepúsculo primaveral, lleno de aromas campestres, no separamos de tan simpática y bien avenida familia pensando que la dicha es una cosa que todos llevamos dentro.

Lo necesario es saber tejérle de día a día con la constancia y el tesón que el buen «Castro» ha tramado tantas veces sus inacabables piezas de lienzo fino, tejiendo su vida ejemplar al compás del vaivén de las maderas y cuerdas de su telar con esos otros hilitos impalpables, finísimos, que se llaman ahorro, bondad y amor ardiente a los suyos.

F. SAINZ.